

EL BIBLIOTECARIO, AUXILIAR INDISPENSABLE Y DESCONOCIDO

por el prof. ALBERTO VILLALÓN GALDAMES

Director de la Escuela de Ciencias Bibliotecarias

En un momento dado del desarrollo de la humanidad, el hombre comprende que la experiencia de su sola vida no le basta ni para subsistir, ni para progresar. Y cuando la simple tradición oral cede su lugar a la transmisión de la palabra escrita, el hombre empieza a atesorar el pensamiento del sabio, la canción del poeta, la fórmula del mago, y con ellos piedras, huesos, arcillas, papiros, cueros, libros, revistas, discos, cintas, microfilms.

Muy pronto la sociedad requirió al especialista. Así, el bibliotecario nace casi junto con la palabra escrita, para conservarla en forma tal que pueda ser utilizada cada vez que se la necesite. Y en esta tarea crea sistemas clasificatorios y descriptivos, listas de encabezamientos de materias, préstamos a domicilio, preparación de bibliografías, fotocopias y microfilms, préstamos internacionales, índices y extractos, etc. En una palabra, el pensamiento entero de la humanidad, de todas las épocas y en todos los idiomas, está hoy al alcance del más modesto lector del más apartado rincón de la tierra... si tiene a mano un bibliotecario que sepa el "cómo".

En 1876, los grandes nombres del movimiento bibliotecario moderno —Dewey, Cutter, Putnam, Bishop, etc.— crean la American Library Association (A. L. A.), verdadero motor de la revolución bibliotecaria de nuestro continente, grandemente facilitada en los Estados Unidos por el filántropo Carnegie.

Poco después, la New York Public Library crea la primera Escuela de Ciencias Bibliotecarias de América, hoy una de las más prestigiadas del mundo, bajo el ala de Columbia University. Allí, como en Michigan, Chicago, Illinois, California, etc., se ofrece hasta el Doctorado en estas disciplinas.

América Latina reaccionó rápidamente. Primero México y Argentina, luego misiones norteamericanas en Colombia, Perú, etc., y, finalmente, una misión argentina en Bolivia. La enseñanza de las ciencias

bibliotecarias tiene, pues, casi un siglo en América y a nadie debe extrañar el nivel propiamente universitario que ha alcanzado en numerosos países. En Estados Unidos, por ejemplo, un doctor en Medicina tiene normalmente ocho años de estudios superiores, y un doctor en ciencias bibliotecarias tiene normalmente diez.

La Universidad de Chile, con inexplicable tardanza y con una más inexplicable timidez, creó su Escuela de Ciencias Bibliotecarias en 1948. La Escuela empezó como una dependencia de la Biblioteca Central, subordinada a su vez a la Secretaría General, con el programa mínimo aprobado en Washington en 1947. Y allí nos hemos quedado diez años.

Cientos de profesores y ayudantes chilenos han estudiado en Europa o Estados Unidos. Todos ellos, cuando regresan y comparan nuestros servicios bibliotecarios con los del exterior, quedan sorprendidos y avergonzados. Ellos son precisamente quienes saben que sin bibliotecas adecuadas no pueden existir docencia ni investigación y deben, por lo tanto, exigir la elevación de nuestros servicios y apoyar a la autoridad universitaria que intente beneficiarlos en sus cátedras, institutos y laboratorios mediante el mejoramiento de nuestras bibliotecas.

La Escuela de Ciencias Bibliotecarias necesita local, presupuesto y categoría. Y quienes creen que nuestras bibliotecas universitarias sólo necesitan local, se equivocan. Dense a nuestras bibliotecas:

- a) Locales adecuados;
- b) Personal técnico bien rentado, y
- c) Presupuestos anuales adecuados.

Y entonces podremos aspirar a estar al día en la literatura de nuestra ciencia, técnica o arte, y exigir de nuestras bibliotecas los mismos servicios que desde hace años se dan en las grandes universidades del mundo.